

la contrariedad de la pre-existencia y post-existencia que sólo con relación al tiempo hallo en mí, sabiéndome de la eternidad como de propiedad mía".

Este breve repaso o esquema de la evolución histórica del arte de persuadir tiene que acabar con la mención de la retórica confusionaria o forma actual de exponer y defender ciertos designios político-sociales. El término confusión tiene aquí un valor muy concreto; significa la negación pública de lo evidente. Lo diré en otras palabras: por confusión entiendo la defensa de ideales generalizados, admitidos por el consenso histórico de la opinión mundial, aun cuando en la práctica se mantengan o apoyen formas de vida social contrarias al espíritu del derecho y los anhelos más radicados del hombre. Estamos, pues, en medio del totalitarismo.

No quiero insistir aquí sobre la retórica fascista y la comunista, en las que después de todo pueden señalarse, en cierta medida, atisbos de sobriedad y economía verbal —prescindiendo, es claro, de su entronque con los defectos habituales en todo régimen por la confusión y la violencia—. Esta sobriedad se debe, en parte, al influjo que la retórica socialista impuso en los discursos y escritos políticos desde los últimos decenios del siglo pasado. No obstante, para mí tiene ahora mayor interés el género de retórica utilizado por los dictadorzuelos americanos y sus prosélitos.

En principio, lo que caracteriza al orador asalariado de uno de esos "hombres fuertes", que arruinan a América, son las notas siguientes: la ampulosidad ilimitada y los destellos esteticistas; la constante divinización del Jefe, por medio de la tesis del providencialismo y los títulos exorbitantes; la defensa de la *democracia* nacional practicada en el país, que se supone superior a cualquiera de las formas de libertad existentes en el mundo; la admiración reiterativa y ruidosa de las conquistas materiales del régimen; el anticomunismo como nec-

vio central y casi exclusivo del programa ideológico del sistema; los recuerdos constantes en el intento de justificar el momento político dictatorial; el conservadurismo intransigente en favor de la clase victoriosa o de la nueva clase surgida del seno de la dictadura; la exaltación de las buenas intenciones del dictador, que marginan y condenan la posibilidad de una política racional, común y reglada; el taciturno o silencio persistente de los errores, claudicaciones, fracasos y violencias del régimen; la identificación con las ideologías afines y su alabanza machacona; etc., etc. La palabra, cargada así de mentira, de propaganda y espíritu despótico, ha perdido todo sentido humano, cálidamente humano. Rechazando la fuerza viril y lógica del Parlamento, estos modestos monopolizadores de las ideologías producen la misma impresión que tiene quien escucha a un "clown" o a un mandarín chino.

FERMIN SOLANA

JAY RUMNEY y J. MAIER: *Sociología. La ciencia de la sociedad*. Ed. Paidós. B. A., 1955. 243 páginas.

Este libro de Rumney y Maier, es una sucinta panorámica de la ciencia sociológica. Quizás excesivamente escueta, salva los defectos propios de tan parca aportación, por el carácter impresionista que posee. Es posible que la Sociología, preñada de gruesos volúmenes tratados y monografías, se encuentre ahora en camino de precisar una visión sintética, grácil y amable, capaz de revelar de un modo integral todo el proceso científico y toda problemática intelectual que plantea su complicado y difícil desarrollo.

Como corresponden a una visión panorámica interesa más hacer crítica de la sistemática que del propio criterio seguido en el desarrollo de las instituciones y de las posturas que ante ellas pueda tomar el autor. Por eso conviene hacer algunos comentarios sobre es-

te aspecto, que por cierto no invalidan la alta calidad de esta panorámica sociológica.

Siguiendo un criterio orgánico comienza con la descripción de la esfera propia de la Sociología (Cap. I), expone los métodos de indagación (II), se detiene en el estudio de los elementos periféricos del hombre (III y IV) y penetra en las instituciones sociológicas tradicionales, como el Estado, la nación, la familia, la clase y los fenómenos culturales apreciados desde el ángulo sociológico, para concluir con un rápido y agudo esbozo histórico.

Para Rumney la Sociología, íntimamente vinculada a todas las perspectivas científicas, estudia "la totalidad de las relaciones humanas" (23), tratando de "comprender la vida social como un todo homogéneo" (23), por lo que, afirma, se trata de "una ciencia sinóptica", puesto que se refiere a una entidad compleja en la totalidad de sus manifestaciones, cual es el fenómeno social. Por ello, la Sociología, para comprender la misión de la sociedad en la vida de la cultura, tiene que valerse de las aportaciones de la genérica, la antropología física, la psicología, la arqueología, el funcionalismo, que "no es, en rigor, un método de investigación, sino un método de interpretación" (54), afirmando Rumney que resultó estimable cuando fué usado por Durkheim, Malinowski y Max Weber, que en definitiva "han tenido a justificar lo que es en función de lo que debe ser, si la sociedad ha de continuar su marcha" (55).

Suelen ignorar los sociólogos un buen instrumento de investigación. ¿Cuándo se fijarán en el interés que encierra la aportación literaria para el estudio de la cultura humana? No hay que confundir la sociología literaria, porque en ella se trata simplemente de estudiar e interpretar la literatura desde el ámbito sociológico, con la literatura como instrumento de investigación. El escritor, observador participante casi siempre, que ha vivido sumido en la conciencia íntima del grupo y ha

sabido condensarlo como nadie, con mucha más sagacidad que la estadística, el survey o la entrevista, ofrece una visión estilizada, acaso deforme pero real en su esencia y llena de ricos matices psicológicos. El propio Rumney, que olvida también este eficaz instrumento, cita en cambio a Balzac para demostrar cómo "la historia de la literatura refleja esas diferencias —habla, acento, vestido, educación, modales, etc.— cabalmente" (167).

La objeción es grave en un sociólogo anglosajón, donde la literatura es por antonomasia visión social del mundo. Nadie ha captado tan sagazmente la naturaleza humana como Shakespeare, Foe, Dickens, Huxley, Steinbeck, Erskine, Caldwell o Farrell, si no es Dostoyevsky, Balzac, Stendhal o Proust.

El libro rompe su unidad estructural en los capítulos III y IV. El titulado "Ambiente, Naturaleza Humana e Historia", puede formar uno solo con el que le sigue con el título de "Raza y Sociología biológica". Para formar un buen sistema deben estudiarse juntos, ora con el título de perspectivas periféricas de la naturaleza humana, porque son un conjunto de presiones determinantes de la vida humana; ora con cualquier otro más feliz, pero que consiga, cuando menos, mantener la cohesión que se requiere en una visión panorámica de nuestra ciencia.

Con los tres capítulos siguientes sucede algo parecido. Lo que propiamente podemos denominar instituciones sociológicas se desglosan en esos tres capítulos, perdiendo así la unidad estructural que se requiere en esta sucinta obra. "Grupos, instituciones y culturas" pueden abarcar también, como específicos de él, "la propiedad, el estado y la familia" y "las clases". El deslindarlas como lo hace el autor puede conducir a interpretaciones erróneas y de ninguna manera ofrecen una perspectiva estructural, de la que tan necesitada está la sociología. En este sentido, y con ideario radicalmente opuesto, recuerda, por todo lo contra-

rio, el sistema seguido por Hans Freyer, también esquema panorámico, más coherente.

En cambio, el referente a "el culto, la escuela y la recreación" (177) está bien situado, aunque pudieran traerse algunos fenómenos más, porque son signo de la conciencia humana espiritual y que producen en el fenómeno social una determinada actividad y modelan la conducta desde una perspectiva social.

Es muy interesante el capítulo sobre el desenvolvimiento histórico de la Sociología. Son unos rasgos, muy pocos, aunque sagaces, a través de los cuales se penetra en el devenir histórico de la ciencia sociológica, y hasta con aspiración adivinatoria, se pretende suponer en el futuro el destino y vocación de la ciencia. A través del tiempo, por otra parte, trata de sustentar la tesis central del libro, cual es la de que "la sociología es una ciencia comprensiva y sinóptica en la medida en que estudia a la sociedad en su conjunto total" (198).

Hasta ahora hemos analizado el libro de Rumney desde el ángulo de su organización, por la estructura y el sistema seguidos. Quizá sea este el valor más importante del libro, ya que servirá para tener una visión clara y específica de la finalidad de la ciencia sociológica, a pesar de las relativas y, acaso, poco importantes objeciones que hemos apuntado. Ahora, al analizar las preferencias de Rumney, hemos de tener en cuenta la influencia y la idea sostenida por el autor.

El sociólogo en el que se detiene Rumney con especial delectación, es L. T. Hobhouse, que "se destaca como el gran sociólogo de los últimos años" dentro de la perspectiva británica (214). Desde luego, la predilección de Rumney es muy legítima. Hobhouse es un ágil temperamento, tendido hacia todos los matices de la cultura. Un raro espíritu plástico, al que es tan familiar la nebulosa y problemática cultura primitiva, sobre la que ha investigado

con acierto, como lo es el proceso cultural de nuestro tiempo, en el que ha penetrado con severo criterio.

Hobhouse procede siempre con sentido profundo y penetrante, que comprueba con sagacidad en las instituciones, como la idea de la "armonía" en el liberalismo y la idea de "desarrollo social", nervio motor de su sistema sociológico. Y la misma idea de armonía impregna también todo el proceso científico de Rumney y del autor liberal británico.

En cambio, hay que notar la evidente omisión de Malthus como sociólogo, imperdonable en un tratado inglés. Es frecuente tenerle como un gran economista, al margen de las aberraciones científicas a que le condujo su propia lógica, pero muy rara vez se le valora como auténtico sociólogo. Cuando menos supo relacionar de modo adecuado la economía y la sociología, aunque su tesis sustancialmente económica superase todo el caudal de observaciones, reflexiones y aportación social, acertada a veces, equivocada otras tantas, desorbitada no pocas, pero siempre con el sentido sociológico muy adecuado a la finalidad de sus estudios.

Malthus significa una visión demográfica de la sociología. Y es muy conveniente estudiarlo con espíritu crítico, con el objeto de destacar sus graves errores, para evitar que las inteligencias no formadas puedan caer en la tentación de continuar sus argumentos. Lo que no es posible, con una auténtica serenidad científica, es ignorar su calidad de gran sociólogo.

La concepción liberal de Rumney, influida de un modo evidente por Hobhouse, se revela en el giro que proporciona a las instituciones que desarrolla. El liberalismo de Hobhouse, como el de Rumney, se fija en "el control cualitativo y cuantitativo cada vez más grande de las actividades económicas por parte del Estado" (134), no incompatible con aquél en virtud de "los hechos decisivos de la historia moderna", entre los que señala la

superación de la libre competencia y su filial, la desocupación, el abarrotamiento de los mercados, los desastres financieros y la dramática amenaza de guerra permanente que, en definitiva, "exige una incesante movilización de todos los recursos materiales y humanos" (134).

Está arraigado en la cultura liberal el concepto que Rumney ofrece del Estado. Lo concibe como el "conjunto de instituciones gubernativas diferenciadas y coordinadas que sancionan y ejecutan las leyes, conservan el orden y mantienen fuerzas armadas para la defensa y la agresión" (134). Y dentro de esta línea, lo concibe "como una agrupación de poderosos intereses en conflicto, donde cada uno ejerce su presión sobre los demás en la lucha por la supremacía" (138-139). El liberalismo socializado de Rumney, como el de Hobhouse, se aleja del formalismo y se impregna de hondo contenido humano y social.

Este brevario sistemático de sociología es muy notable. A pesar de todas las observaciones, sea o no compatible su pensamiento con el del lector, significa una magnífica aportación a las ciencias sociales y a la sociología. Es un fruto tan minúsculo como sabroso de un brillante intelecto, al que secunda con gran eficacia su distinguido colaborador.

BALDOMERO CORES TRASMONTE

ORTEGA Y GASSET: *Una interpretación de la Historia Universal*. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

Cuando Ortega, después de una larga ausencia, reaparece ante el público español en el año 1948, lo hace inaugurando su "Instituto de Humanidades", con un curso de doce lecciones sobre la exposición y examen de la obra de Arnold Toynbee "A Study of History", curso que sale impreso en el presente libro.

Lo primero que hace Ortega es mos-

trar a sus oyentes parte de la obra publicada de Toynbee, entonces "difícil de encontrar". Y acto seguido, más que a una exposición y examen de la doctrina histórica de Toynbee, se lanza a una violenta diatriba contra un autor desconocido. Desde negar que los internacionalistas ingleses posean capacidad para conocer una nación desde dentro, hasta casi el insulto personal, el curso de Ortega es, en buena parte, un caso práctico de su teoría del impropio. Culpa suya es la escasa difusión intelectual que tiene en España el historiador inglés, tan interesante y mucho menos conocido que lo fue en su tiempo Oswald Spengler.

Comienza criticando lo que llama el odio de Toynbee al concepto de nación, cuando lo que subraya Toynbee es que al estudiar la historia universal pretende desprenderse de dos perspectivas que habían obturado la realidad histórica: el nacionalismo y la especialización. Pretende hacer historia como "una experiencia imaginativa única", evitando la sustitución emotiva e intelectual de la humanidad por una nación. La idea de Ortega de nación, fundada de lo que pudiéramos llamar "cierta densidad de empresa", lleva ínsita una fuerte dosis de corrupción y atomización. Los recientes sucesos del Congo están dando razón a la frase del historiador inglés de que "el espíritu de nacionalidad es un agrio fermento del vino nuevo de la democracia en los odres viejos del tribalismo", frase a la que responde Ortega con iracundia.

Otra de las cuestiones debatidas es la del helenismo—al que Ortega no quiere ni llamar así—y del pueblo romano. Uno de los aspectos de la historiología de Ortega con sus variaciones sobre el Imperio Romano y su extraña incapacidad para reconocer al mundo helénico como fermento de nuestra actual civilización europea. Niega que la civilización minoica sea paterna de la helénica e incluso que exista un nexo de unión fuerte entre